

Proyecto urbano y sectores populares

en la génesis de La Plata



prohistoria
ediciones

Gustavo Vallejo

Gustavo Vallejo es

Doctor en Historia y revista como Investigador Independiente del CONICET. Se desempeña como Docente en la Universidad Nacional de San Martín y en la Universidad Nacional de La Plata. Es autor de numerosos trabajos en los que ha abordado la historia sociocultural de la ciencia y la historia cultural urbana. Dentro de esta última temática publicó *Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y Universidad* (2007) –Primer Premio en la XII Bienal SCA CPAU 2008– y *Utopías cisplatinas* (2009). El presente libro está basado en el manuscrito titulado “La construcción de la nueva Capital” que en el año 2010 recibió el “Premio Barba” de la Academia Nacional de Historia.

La primera parte del libro se aboca a reconstruir aspectos del itinerario de aquellos primeros trabajadores contratados para realizar las obras de la “nueva Capital”, avanzando desde el discurso oficial al impacto concreto de las políticas de gobierno. Y al hacerlo se interrogan las motivaciones de la búsqueda de inmigrantes, tanto como las expectativas de su desempeño y los lugares que se esperaba que ocuparan en el plano social y físico de la nueva ciudad. Desde un principio queda en claro el rasgo de otredad que recae sobre el inmigrante para acentuar con ello la propia debilidad atribuida, exaltándose desde esa caracterización el necesario rol tutelar que el Estado debía ejercer, en la certeza de que lo débil requería una tutela. Allí emergen estereotipos preconcebidos y los miedos de las élites a que ellos fueran alterados, como también las posibilidades que se abrirían para que los recién llegados desafiaran la imposición de designios casi inmodificables. Unas veces debido a lo desbordante de la situación, otras a las formas de organización mutualista que se dieron al arribar, pero también a raíz de concesiones del Estado ante ciertos reclamos particulares como el del acceso a la tierra. Pero esas tensiones del momento fundacional no lograrán despejar la pregunta irresuelta por las propias élites que requirieron de la mano de obra: ¿qué hacer con esos inmigrantes una vez que cumplieron su tarea y los principales edificios públicos quedaban inaugurados? Sobre todo porque ese momento se empalmará con situaciones de crisis como el crac de 1890 con sus secuelas en todos los órdenes de la vida social local.

La segunda parte, enfoca la relación del higienismo con la forma urbana —idealizada y real— en el mismo momento en el que se está tramitando el paso de la medicina miasmática a la contagiosa, con su consecuente anclaje espacial en la búsqueda de identificar los lugares en los que individual y grupalmente anidaban los “focos de contagio”. Allí también se intenta dar cuenta de cómo el discurso del poder desplegado su afán por ejercer el control de los sectores populares, y de qué forma el modo en que se desarrollaba su vida privada llegó a ser entendido como un problema de índole pública. Paralelamente se tematizan las distancias entre la ciudad ideal del proyecto fundacional, y la ciudad real inmediatamente conformada. Distancias situadas entre utopías y distopías, que también fueron rápidamente percibidas por las autoridades, motivando estrategias dirigidas a moderarlas por distintos medios. Y en esa tarea el

higienismo gestó programas para controlar las relaciones con el agua, definiendo en la ciudad los beneficios de regular las formas de su presencia y ausencia, la provisión y la evacuación, estableciendo cuáles eran los contactos deseables, circunscribiéndolos a experiencias situadas en precisos espacios y tiempos. Se trata en definitiva de ver hasta dónde las representaciones que de manera autocomplaciente se formuló para sí La Plata, al nacer como una “ciudad higiénica”, cumplieron su cometido interactuando con la forma urbana y con el control de los cuerpos –y sus afecciones latentes o reales– que la habitaban.

La tercera parte nos sitúa ante cuestiones materiales que atañen a las características físicas de La Plata y también interpela vías del progreso que tendrán particular arraigo en las élites argentinas, cuando, tras colocar claramente a la cultura europea como meta, ellas pronto hallarían a los Estados Unidos como un atajo para ser alcanzadas más rápidamente. Esa tensión es explorada aquí en torno a las interpretaciones motivadas, de manera sincrónica, por las características que configuraron la primera imagen de la ciudad. La que se dio rápidamente para poder alojar a los numerosos jornaleros que poblaban sus calles y trabajaban en la construcción de los principales edificios públicos. Una imagen que ya no es la de “la ciudad de los palacios” –como llegó a ser entendida La Plata por la magnificencia de los edificios públicos comprendidos en el plan fundacional– sino la de los andamios de esa ciudad, que sirvió también de adecuado hábitat para los sectores populares. Se trató de una imagen utilitaria que perduró hasta que la “nueva Capital” afirmó su identidad desde una lógica de inclusión y exclusión, que supuso el traslado tanto de construcciones efímeras como de los sectores vulnerables que las ocupaban, a fin de preservar espacios urbanos homogéneos a expensas del crecimiento de un “afuera” indeterminado.

La última parte se concentra en los enclaves obreros, conformados por núcleos receptivos de distintos tipos de desplazamientos producidos del centro de la ciudad a la periferia. Se trataba de la contracara que requirieron construcciones culturales dirigidas a exacerbar las diferencias entre una “ciudad armoniosa”⁵ y ese “afuera” de una periferia que la proveía de insumos y también la atemorizaba. Las oposiciones se acentuaron cuando los alrededores de La Plata además de concentrar trabajadores rurales en zonas de quintas y chacras, tuvieron el puerto y la actividad ferroviaria claras motivaciones para la emergencia de importantes establecimientos fabriles. El espacio de integración ciudadana conformado por el núcleo urbano controlado, no tardó en distinguirse entonces del afuera incontrolable, que fue redefiniendo su condición de homogéneo espacio de producción minifundista, para absorber masivas expresiones del mundo del trabajo y formas de especulación vinculada al aprovechamiento económico del uso urbano que podía darse a tierras rurales. En este sentido, el proceso de fuerte concentración de lotes urbanos, encontró su complemento en la desconcentración de sectores populares que hallaban en la periferia nuevas posibilidades laborales.

5 REY, José María *La Plata, ciudad armoniosa*, La Plata, 1939.

Dentro de este proceso fue gestándose la alternativa extraurbana a los conventillos y casillas del casco urbano, corporizada a través de un programa que hasta producirse la organización nacional no había tenido expresiones materiales en la Argentina. Estamos hablando del barrio obrero, un programa de la modernidad, difundido internacionalmente a partir de realizaciones patronales en las grandes ciudades industriales europeas que, precisamente, motivaron sucesivas propuestas desplegadas para la fijación del obrero cerca de su lugar de trabajo. Y allí aparecen cuestiones asociadas a los tres pilares básicos con los que el liberalismo europeo en el tránsito del siglo XIX al XX edificó su estrategia de disciplinamiento social: moralizar por el trabajo, inculcar un sentimiento previsor desalentando las agitaciones y exaltar la importancia de la vivienda.⁶ Se trataba así de replicar en La Plata aquella tendencia, afirmando un criterio organizativo del territorio y del lugar que en él debían ocupar cada uno de los distintos sectores sociales. Todo ello se empalmaba con el importante rol que pasan a cumplir talleres ferroviarios, establecimientos portuarios y frigoríficos, principalmente, como nuevos focos para la atracción de los primeros inmigrantes contratados, una vez que el Estado diera por finalizada su intervención directa en las obras fundacionales. El cambio de siglo, con eventos de la magnitud de la “Gran Guerra”, provocaría nuevos arribos al ya consolidado puerto de La Plata incrementando su población en número y en un interminable abanico de nacionalidades de procedencia.

Finalmente podemos hablar del sincretismo que tiñe ideas y prácticas desplegadas durante el proceso fundacional de la “nueva Capital”, donde subyace de manera inequívoca el papel imprescindible de sectores populares sobre los que recayeron un vasto conjunto de prescripciones. Cabe incluir aquí a la propia configuración de ese colectivo, principalmente, a partir de la llegada de Italia de quienes fueron reclutados por el Estado argentino. Pero, a su vez, se entronca con la rápida creación de soluciones habitacionales basadas en el pragmatismo norteamericano, con la apelación a teorías científicas de las que deviene el higienismo como una suerte de saber árbitro imprescindible para el gobierno de la población encargado de controlar los cuerpos y los espacios, y con las propuestas de barrios obreros que recogen el legado de las iniciativas patronales surgidas en Europa a comienzos del siglo XIX.

Los sectores populares quedarían inescindiblemente inscriptos en un programa dirigido a crear y consolidar esta “nueva Capital”, configurado desde pares oposicionales antitéticos establecidos entre centro y periferia, entre “altas” y “bajas” funciones culturales que uno y otra cumplía. Así, la fijación de inmigrantes en enclaves obreros, acompañando la tendencia a trasladar las construcciones “indecentes” de La Plata, proseguirá durante décadas. Este proceso tendrá su contracara con una visceral reversión iniciada cuando se produjo en 1945 la “invasión” de los suburbios al centro,⁷

6 HUERTAS, Rafael *Los laboratorios de la norma*. Octaedro, Madrid, 2008, p. 113.

7 JAMES, Daniel “17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”. en TORRE, Juan Carlos –compilador– *El 17 de octubre de 1945*. Ariel, Buenos Aires, pp. 83-147.

marcando el advenimiento de un fenómeno desconocido para la ciudad planificada como era la irrupción de la masividad por migraciones internas que nadie esperaba.

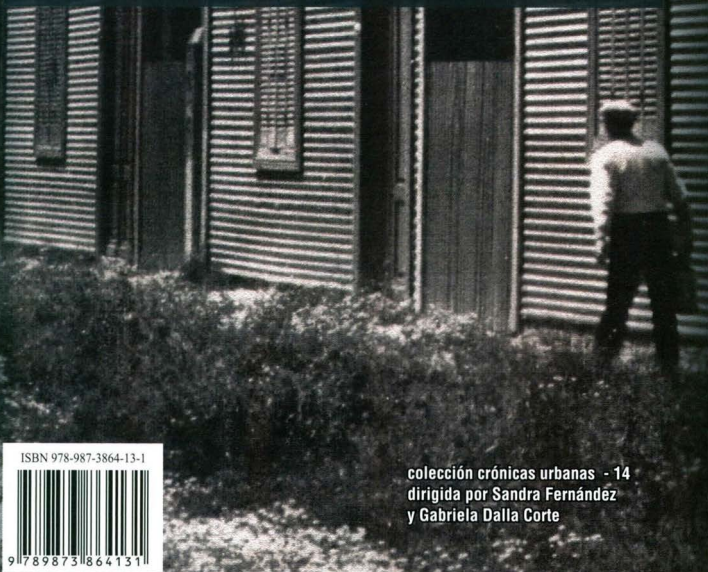
De este modo, distintos aspectos de la cultura urbana abordada nos colocan también ante imaginarios capaces de retroalimentarse con incipientes identidades locales, con la particularidad de que en esta ciudad fundada, a menudo siguieron tendencialmente un trayecto que fue desde arriba hacia abajo para afianzar sólidos consensos culturales. Y es a través de la prensa escrita, ampliamente frecuentada aquí en cada capítulo, donde esos imaginarios van a canalizarse por medio de un movimiento circular, en el que conviven los deseos de integrarse a incipientes rasgos identitarios y a la vez de valerse de la capacidad de generarlos, incidiendo en la afirmación de unos por sobre la negación de otros. La continuidad en el tiempo de este ejercicio y de sus resultados, podrá constatarse en la pervivencia de construcciones culturales, entre las cuales, la oposición entre centro “normal” y periferia “amenazante” constituye un lugar común, capaz de aunar directamente discursos fundacionales con interpretaciones de larga duración. La idea de La Plata como un espacio urbano “civilizado” e indefenso ante catástrofes que eran la expresión de desbordes incontrolables de la barbarie, en tanto naturaleza indócil extendida más allá de sus bulevares de circunvalación, fue claramente planteada ante una reciente tragedia. El 2 de abril de 2013 precipitaciones pluviales sin precedentes desnudaron años de desinversión en obras hidráulicas y desidia, cuando buena parte de la ciudad quedó bajo las aguas, con el saldo de unas 90 muertes evitables y 170.000 damnificados, por el desborde del arroyo El Gato y todos sus afluentes, entre ellos los que, dentro del casco, fueron entubados en la primera mitad del siglo XX. Ante el drama y tras la conmoción que impidió inmediatamente reflexionar sobre algo inefable, volvieron a aflorar lugares comunes instalados dentro de un arraigado imaginario social que identificó en un “afuera” insalvable al mal acechante del centro urbano siempre vulnerable. La inundación motivaba a más de dos semanas del hecho una explicación sucinta y contundente, en la tapa del principal medio local que su edición dominical titulaba la nota central a dos columnas y con letra de molde: “El agua vino de la periferia y se estancó en el casco urbano”.⁸

8 *El Día*. La Plata, 21 de abril de 2013.

La ciudad de La Plata nació en 1882 sobre una gran llanura casi despoblada, pero, en poco más de un lustro, sobrepasó los 60.000 habitantes y dispuso de una infraestructura que, en muchos aspectos, superaba a la de Buenos Aires.

Este libro aborda ese proceso, colocando el foco sobre el origen del “ejército de obreros” sin el cual el ambicioso un plan fundacional –que admitía pocas comparaciones coetáneas a escala mundial– no hubiera podido llevarse a cabo.

¿Dónde vivieron esos obreros? ¿Cómo incidieron en ellos las acciones generadas por un Estado liberal que encaraba una planificación hasta entonces desconocida para la realidad argentina? Estos interrogantes ubican a los sectores populares como sujetos centrales de un proceso que Gustavo Vallejo analiza a través del cristal de un discurso del poder, o de un biopoder, que prescribía sus funciones y sus localizaciones en aquella nueva ciudad.



ISBN 978-987-3864-13-1



colección crónicas urbanas - 14
dirigida por Sandra Fernández
y Gabriela Dalla Corte